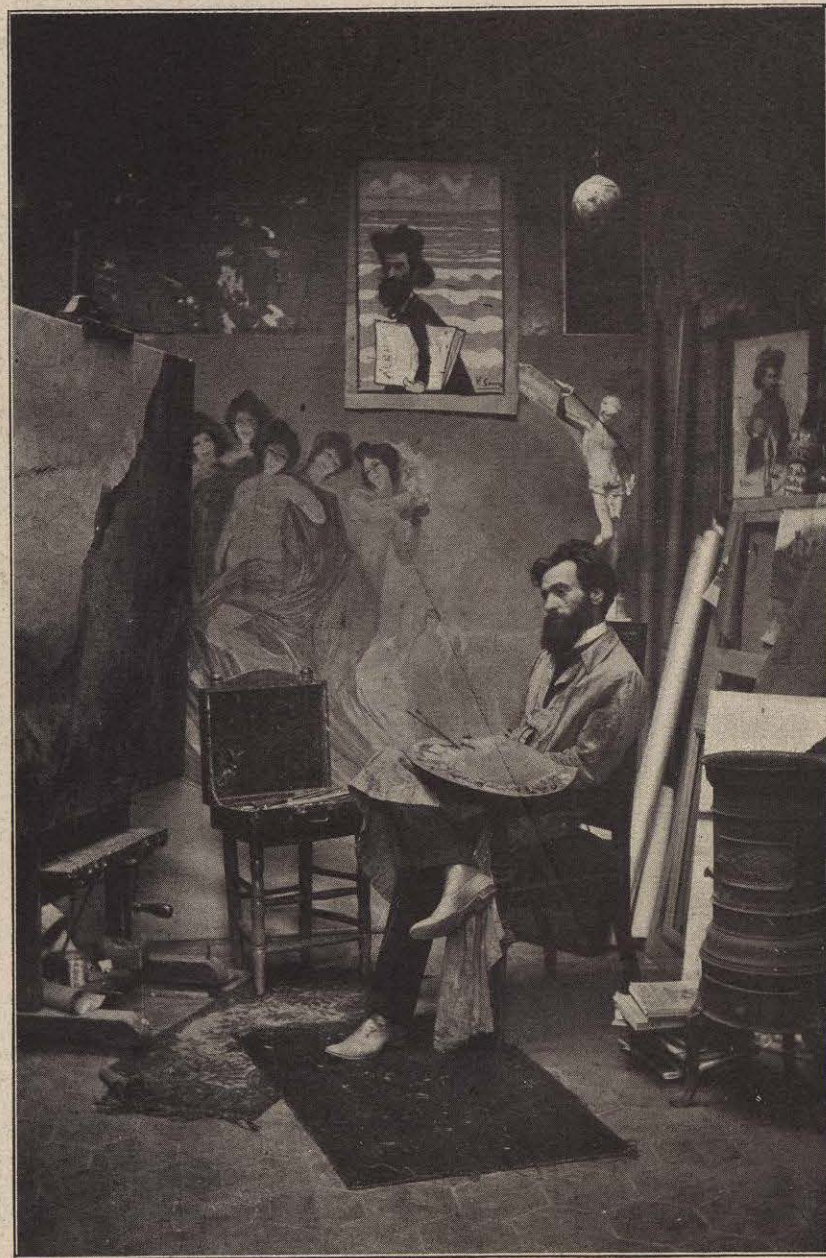


EXPOSICIÓN A. ROS Y GÜELL

La última exposición de cuadros al óleo, impresiones de viaje, del joven pintor don Antonio Ros y Güell, verificada en el Salón París de esta ciudad á primeros del próximo pasado mes de Noviembre, constituye, para el arte catalán y para el estudioso artista, una nota sensacional, un verdadero acontecimiento.

Los que como nosotros, desde hará ya algunos años, venimos siguiendo paso á paso el camino triunfal del señor Ros, hemos de reconocer hoy que éste va avanzando cada día más, con seguridad y firmeza, al extremo de ya no podemos considerarle como un buen prometedor de obras bellas, sino como un espíritu noble que se ha encumbrado á las cimas gloriosas del sentimiento humano, logrando la más perfecta armonía entre su propia manera de sentir y el alma de la Naturaleza. Porque — como decía muy bien un ilustrado crítico en artes, refiriéndose á las obras de nuestro amigo últimamente expuestas — en todos sus cuadros, en todas sus impresiones, más que un pintor propiamente dicho, se adivina una alma, un temperamento. Si; un temperamento poético que, con mirada escrutadora, penetra en lo más hondo de las entrañas de las cosas, extrayendo de ellas el *substractum*, lo que á simple vista no puede apreciarse, hasta hacernos sentir un mundo misterioso y desconocido, ideal, si se quiere, de refinadas voluptuosidades, hermosa conjunción de realismo y romanticismo, que las gentes indoctas califican de *modernismo*.

Y es joven el señor Ros, muy joven todavía. Espíritu sencillo, de una bondad angelica, con rasgos infantiles, ve las cosas como las ven los niños y los corazones generosos sin mácula: ó sonrientes, con destellos de luz y de color, franca exteriorización de una alegría ideal; ó tristes, con tonalidades delicadamente moradas y violáceas, evocadoras de una tristeza plácida, de una melancolía sutil, propia de un poeta sentimental. No pinta por pintar, no compone sus cuadros á la tun tun, sin finalidad artística: trabaja con la fe del convencido, del que cree honradamente que el arte es una misión sagrada, sobre todo en nuestro país, donde el *industrialismo* absorbe todo y todo lo entibia con su vaho. Es de los pocos artistas que, compe-



ROS Y GÜELL EN SU TALLER.

netrándose con la madre Naturaleza, se impresionan tan profundamente, que podría pintar sus cuadros desde el taller, de memoria, con la seguridad de que su obra resultaría con más personalidad y más artística que tomada directamente del natural.

Quizá á algunos les parezca una herejía nuestra afirmación. Nosotros creemos, y lo decimos sinceramente, que para ser un gran pintor, lo mismo que para ser un excelente literato, lo esencial es saber impresionarse, documentarse, para, una vez documentado, trabajar interiormente con el corazón y la inteligencia, elaborando la obra de arte, y no exteriorizarla hasta que *in mente* se vea con toda claridad, como un sueño inaborrable. Copiar directamente el natural, sobre todo en el paisaje, que la Naturaleza cambia por momentos de luz, y, en consecuencia, de aspectos, en nuestro concepto es un trabajo vulgar, nunca la labor del verdadero artista que ha madurado una impresión fuerte y que la lleva en la retina, día y noche, acariciándola febril, con amor de padre. Esto es lo que nosotros entendemos por *impresionismo*. Más que una expresión fiel y bárbara de la realidad, es una subjetivación del artista.

Así, pues, apreciamos al señor Ros en su última exposición. Sus hermosos cuadros, «Els Riells» y «El Gorch», confirman plenamente nuestros asertos. El primero, *cortado* con sumo gusto, es un derroche de color brillante y armónico: con entonaciones de azul en su gradación más rica, sintetiza por sí solo un temperamento impresionista, poeta y pintor á un tiempo, soñador de visiones altamente artísticas. El segundo, con su tonalidad gris, sugiere una extraña melancolía: da la impresión exacta de la hora del crepúsculo vespertino, momento solemne en que la Naturaleza toda permanece en silencio, como entregada á un delirio infinito. Y en los restantes cuadros, como en «Primeres Neus» y «Formiguers», exquisitos de perspectiva, las grandes cualidades de artista del señor Ros se manifiestan con igual intensidad y nobleza.

Felicitámosle sinceramente por su último triunfo, y hasta otra.

IGNACIO IGLESIAS

Fot. de Francisco Serra.

LA CONFESIÓN

Había terminado el almuerzo. Sobre la «verde alfombra», como decían los poetas de antaño, destacábase la nota blanca del mantel, salpicada de manchones irregulares, entre rosados y purpúreos, esparcidos aquí y allá, sin orden ni concierto, á manera de islotes por un océano de nieve. Las capsulitas del Burdeos relucían bajo la hierba, cual gusanazos luminosos de un género desconocido en las clasificaciones zoológicas. Yacían las copas en el suelo, como embriagadas por los generosos licores que habían recibido efímera hospitalidad en sus redondeados senos de cristal de Bohemia. Las migajas de pan y los relieves del pantagruélico festín excitaban la voracidad de los pájaros que revoloteaban por los arbustos próximos, y la de los insectos que se acercaban rastreramente, merodeando por los bordes del finísimo lienzo. El «déjeuner-diner» (según ella decía, recordando sus buenos tiempos de París) había sido copioso; y, acariciados por la juventud y el amor — esas dos grandes salsas con que no pueden competir las más delicadas invenciones del arte culinario, — los dos comensales honraron dignamente al aderezador de tan exquisitas viandas y al proveedor de vinos tan deliciosos y escogidos.

—Me sucede contigo, *neña* — decía él, con una especie de apasionamiento febril, — lo contrario que con las demás mujeres. Estos regodeos

al aire libre, en los que á mi inapetencia habitual substituye un hambre instintiva, acabaron invariablemente por hacerme odiosa la compañía de mi huésped... Sentía yo palidecer sus encantos al observar cómo la luz del sol coloreaba los objetos. El aroma de las flores silvestres me hacía irrespirable el perfume de las esencias que impregnaban su piel, sus cabellos y sus vestidos. Parecíanme insoportable música y charloteo frívolo su voz y sus palabras, cuando percibían mis oídos el canto de las aves parleras. (Y absuélveme de estas continuadas fugas al campo de los poetas bucólicos). Recordaba, en fin, la sentencia de aquel sapientísimo autor, según el cual, las horas siguientes á la orgía dieron lugar á la aparición de cenobitas y anacoretas...

Escuchaba ella con vago temor tales disquisiciones amorosas, no sabiendo si atribuir las al delirio erótico ó á los ataques de gastralgia que él padecía, con frecuencia desoladora y con cierto carácter de isocronismo, por la mala vida que llevaba. No era cosa de achacarlas al vino, porque su anfitrión apenas si lo había probado. No; no era eso.

Quedáronse él mudo y ella pensativa, rumiando el uno tristemente sus propias ideas y la otra esforzándose por desentrañar la ajena intención.

La quinta donde celebraban la toma de posesión de sus nuevos destinos era un primoroso rincón de Asturias «muy guapín», como decía so-

lemnemente la guardesa, una buena moza del país, rubia, metida en carnes y apetitosa aún, por más que frisaba con los cuarenta.

Se titulaba *El Paraíso*, nombre que les había parecido de perlas para el caso de instalar allí su naciente amor; y era realmente digna de haber cobijado, en los genesíacos tiempos, la inocencia de nuestros primeros padres.

Ocupaba algunos días de bueyes, medida agraria que no figura en los tratados de aritmética, y equivalente á yo no sé cuántos centenares de pies cuadrados. Rodeábase en todo su perímetro elevada tapia de cal y canto, coronada de trecho en trecho por almenas de sillaría á medio esconder, bajo la yedra que tapizaba el muro por el interior de la finca. A pocos metros de la verja de entrada erguiose el palacete de los dueños; algo así como *chalet* suizo, de un piso nada más, con amplia galería en la fachada principal, y una especie de torreón feudal á la parte de oriente, aprisionado entre cadenas de plantas parásitas, y con oficios de bodega.

En los andenes del jardín, irrepresiblemente vestido á la moda inglesa, una capa de guijarros playeros, tamaños como almendras, servía de movediza alfombra, en la que no dejaban huella alguna los pies. El comedor, que, por un capricho de los amantes, se había improvisado *en plein air*, á la sombra de los castaños y á dos pasos de una fuente rezaadora y alegre, era sencillamente un encanto.

Adán y Eva, ajenos á toda sensación exterior, sin parar mientes en el bellissimo espectáculo que la Naturaleza les ofrecía, con los ojos semi-entornados y las almas ausentes de aquel soberbio panorama, se despedaban por su tristeza de la nota riente del paisaje.

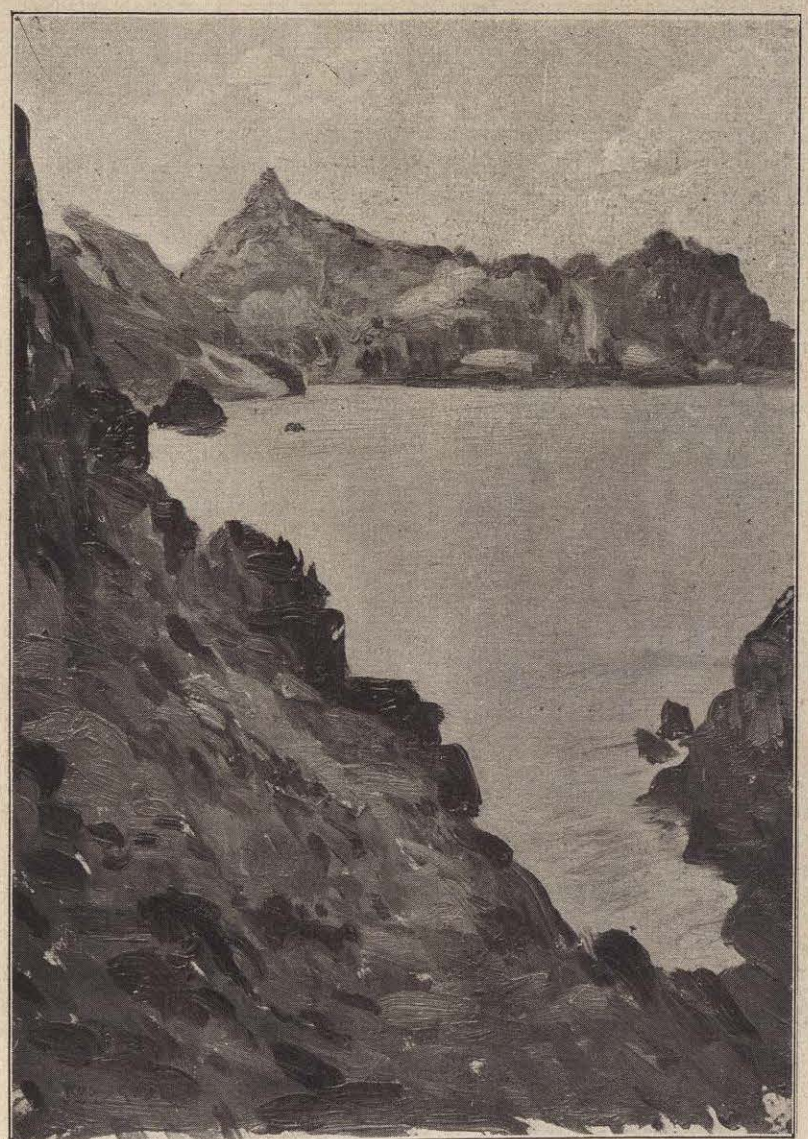
**

—¿En qué piensas? — interrogó él de pronto á su callada compañera.

—En mi desgracia pienso. Porque ya verás tú, Paquillo, cómo resulta que has aguardado á conocerme para meterme fraile ó sentar plaza de ermitaño cualquier mañana de éstas, de acuerdo con esa cruel sentencia de tu sapientísimo autor; acaso mi sentencia de muerte... Pienso en que correré igual suerte que mis antecesoras; peor suerte aún, pues ni me quedará la esperanza de reanudar los lazos que tu arrepentimiento desate... ¡Ay! Me faltaría valor para robarte del convento como Don Juan Tenorio á su Inés, ó para tentarle en el yermo como la reina de Saba á San Antonio...

Y una explosión de risa le hizo suspender en tal punto el discurso. También él reía, con hilaridad estallante y nerviosa. Mas se calmó súbitamente y, clavando sus ojos en Margarita, la Eva de aquel Paraíso... sin manzana:

—A ver, explícame bien eso, preciosidad — le dijo. — Pero cambie los papeles. En vez de ser tú mi diablo predicador y yo tu religioso auditorio, sé tú una santa penitente y yo un confesor endemoniado. No te extrañe mi antojo, porque no faltan ejemplos tales en el pícaro mundo: *in hoc lacrymarum valle*... También tengo yo mis latines... Vamos, baja del púlpito y acércate al tribunal de la penitencia. No temas; seré



CALA CULIP (CADAQUÉS).

Cuadros de A. Ros y Güell.



CALA FRADOSA (CADAQUÉS).

bondadoso contigo... Dime confiadamente, sin mentir propósitos de la zmienda ni ocultarme pecado alguno, lo que crees, lo que esperas y lo que amas... Todo ello con referencia á mí, por supuesto... ¡Ah! Te dispongo de arrodillarte... Habla...

Margarita se puso seria. No comprendía, por más que pensaba en ello, á qué obscuro y tortuoso designio podía obedecer al capricho pérfido de su amante. Un rápido temblor de los labios, un fruncimiento de las cejas apenas perceptible y un fulgurante relámpago de los ojos significaron su protesta. Paquillo, como apodaba ella familiarmente á su último dueño, contemplábase atento, con expresión de desconfianza y de burla... Ante aquella revelación de injustificados recelos, Margarita sintió como un latigazo en pleno rostro, y, para desvanecer toda sospecha en él, cuyas sonrisas y miradas dejaban traslucir mil recónditas inquietudes, exclamó, al fin, entre malhumorada y risueña:

—Acúsome, padre...

**

El confesor se estremeció ligeramente al oír las palabras sacramentales. ¿De qué culpas iba á acusarse aquella mujer?... Seguramente de alguna infidelidad, de un perjurio desconocido, de una no soñada traición. Y se arrepentía de la broma, considerando que el sainete pudiera concluir en tragedia. A punto estuvo de hacer callar á la penitente, de rogarle que enmudeciera, de pedirle que ocultase sus extravíos. El no quería saber nada; prefería ignorarlo todo... Indudablemente, sería mejor que no hablase. Pero la pecadora, después de una breve pausa, continuó diciendo:

—No me he confesado jamás con nadie, y ésta es acaso mi menor falta... Mas, pues tú lo has querido, voy á hacer en voz alta mi examen de conciencia. Segura estoy de que me absolverás de mis yerros. En esta hora suprema, mi alma se arrodilla á tus pies, y mi conciencia rompe el silencio augusto de este florido templo, que tiene al sol por lámpara y el azul del cielo por bóveda, y cuyo altar es ese sitio que ocupas tú, dios inmortal de mis amores... Prepárate á oír mi confesión; pero no me interrumpas...

» Mi fe, mi esperanza y mi caridad han anidado largo tiempo en mi corazón, como pajarillos de alas nacientes. Su primer vuelo ha sido para ti, nene mío... No quiere decir esto que no haya creído, ni esperado, ni amado hasta ahora. Quiere sólo decir que mis pensamientos no se encaminaban á fin alguno conocido; que mis creencias eran dudas; mis esperanzas, presentimientos; caprichos mis amores... Todo ha cambiado hoy, por mi fortuna ó mi desgracia... No hagas gestos de negación, puesto que no se puede distinguir la suerte buena de la mala. Seré feliz ó desdichada contigo; me salvaré ó me condenaré por tu causa; resultaré vencedora ó vencida en la lucha... ¡Quién sabe! Pero mi gran caída, mi primer pecado mortal, mi infierno acaso... á ti te los debo... No te sonrias de ese modo, confesor volteriano. Por tu culpa creo, espero y adoro... en tí! Conque, ¡ya ves si te debo mi caída, mi pecado y mi infierno! He ahí la primera parte de la confesión que solicitabas.»

A. ROS Y GÜELL



PRIMERAS NEUS (MONTSENY).

Salón París.